



Educación, persona y sociedad

María Adela Tamés García

Licenciada en Filosofía y Letras, Universidad de Oviedo de España. Especialista en Filología Romántica, Universidad de Oviedo de España. Cursos de Doctorado en Filosofía, Universidad de Madrid, España. Asesora pedagógica de la Asociación para la Enseñanza (Aspaen), Bogotá, Colombia. Profesora Honoraria de la Universidad de La Sabana.

Introducción

Anadie se le oculta hoy la relación de la educación con la sociedad. Todos los países saben que la educación es la clave de su desarrollo o del sostenimiento y permanencia en ese desarrollo.

Pero, tanto el desarrollo como su sostenimiento serán realmente eficaces si la educación no está solamente centrada en el conocimiento, que es imprescindible para el ser humano, pero no lo más definitivo para el crecimiento de la humanidad, sino una educación centrada en la persona. Con esto se busca lograr la felicidad de las personas, de cada persona, de todos y cada uno de los seres humanos que conforman esa sociedad.

La felicidad, fin final de la educación, lleva al ser humano a la plenitud y con ella a la máxima y mejor influencia de esta sobre la sociedad.

Muchas son las relaciones entre la educación y la sociedad. Si entramos en el estudio, tan abandonado, de la filosofía de la educación, recordaremos que el fin de la educación es la felicidad de los que se educan, y por tanto la creación de una sociedad preparada para una convivencia justa y pacífica. Ese fin solamente se logra cuando la educación es integral, cuando está centrada en la persona humana y en el desarrollo de sus potencialidades. De cara a la apropiación de los verdaderos, reales y permanentes valores, cuyas bases son: el bien, la verdad y la belleza, valores perennes y universales que han de ser transmitidos por la educación, tanto por la educación familiar, lugar primordial de la transmisión de valores, como de los centros educativos, que han de ser coherentes con los valores que sustentan las familias de los estudiantes.

Ese fin de la educación que es la felicidad se da cuando la educación se centra en la persona y en lo que facilita su propio perfeccionamiento, es decir, una educación en valores presentados a la persona, a cada una de las personas que se educan, como el horizonte de su vida.

La apropiación de estos valores, las virtudes o perfeccionamientos humanos, es lo que lleva a la persona hacia la felicidad, no una felicidad como se percibe ahora en esta sociedad materialista y hedonista en la que vivimos, centrada en el placer, sino una felicidad fruto del bien ser y el bien hacer. No podemos negar la trascendencia del impacto que daría en la sociedad la educación de todas y cada una de las personas que la conforman, sin discriminación alguna, realizada desde esa perspectiva de la integralidad.

Esa educación que produce impacto en la sociedad, para que realmente se dé, necesita estar centrada en la persona, formar su carácter en muchos y variados aspectos, y solo se dará si la acompañan personas que han incorporado a su vida esta formación integral y personalizada.

Así como para enseñar una ciencia basta que el profesor sea verdadero científico de ese campo, para formar a la persona en los valores, además de conocer su teoría, su lugar y jerarquía filosófica, es preciso el compromiso del profesor que realmente viva y muestre coherencia en la vivencia de esos valores.

La ciencia no exige compromiso personal, pero la formación de las personas exige compromiso de parte del profesor y de los estudiantes; de lo contrario, es un tema superficial y que de ningún modo producirá impacto en la sociedad.

Hay trabajos, profesiones, para los que parece bastar la ciencia, como las ingenierías, pero para los trabajos o profesiones influyentes en la sociedad, como la educación, el derecho, la medicina... se requiere compromiso y coherencia de parte de los profesores, juristas, médicos...

Lo que la educación ha de producir es un "modo de vida", un modo preparado para trascender, esa trascendencia naturalmente se da hacia la sociedad, impactándola y haciéndola influir en un sinnúmero de personas por las vertientes del servicio. La sociedad educa al ser humano, pero, a la vez, el ser humano modela la sociedad.

Mucho hemos leído y hablado en estas décadas de liderazgo. Siempre he pensado que un líder es una persona bien formada y que, por los valores que posee, influye, es capaz de cambiar la vida de los demás a base de calidad de su propia vida.

Una persona coherente hace que la sociedad vaya siendo coherente. Una sociedad coherente entre lo que piensa, lo que son los principios que la rigen y las acciones que en ella se realizan, es una sociedad educadora, precisamente por su coherencia, por la unidad de sus criterios y su vida y su capacidad de transmitirlos.

Si entendemos la educación en un sentido amplio, esta tiene su origen y fundamento en la familia; es realmente en ella donde se forjan las personas líderes y con ese carácter, y donde se mantienen los valores que presiden una sociedad.

Pero si la familia es responsable de la formación de las personas que surgen y se forman primordialmente en su seno, ¿quién formará a las familias? ¿Quién dará a esas familias capacidad para formar personas? ¿A los padres de familia quién los formará y apoyará para cumplir esa tarea? ¿Para lograr este fin educativo? ¿Quién les dará el criterio?

Necesariamente tienen que ser los educadores y la familia grande, base de la identidad de un pueblo.

De ahí la importancia primordial de que las instituciones educativas den la formación e información necesaria para educar a los hijos, y le reconozcan a la familia la importancia del papel que desempeña.

Fernando Zumbado, director de la Oficina Regional PNUD para América Latina y el Caribe, dice en la presentación de *La agenda del siglo XXI* algo de gran interés sobre el tema que nos convoca:

"Nosotros, en América Latina y el Caribe, como en el resto del mundo, nos enfrentamos cara a cara con el inicio de un nuevo milenio. Inevitablemente esta realidad está marcada por la búsqueda espiritual. Uno no puede evitar maravillarse con los avances del siglo XX: la expansión del alfabetismo; la erradicación del polio; la enorme disminución de la mortalidad materna e infantil; la legislación internacional y regional que cada día establece nuevos y más altos estándares; la era espacial y los casi increíbles avances en la tecnología y las comunicaciones, que antes hubieran sido inconcebibles.

"Simultáneamente, sin embargo, uno se estremece por los azotes moralmente inaceptables de la pobreza, la violencia, la discriminación, el analfabetismo y la carencia de salud básica para todos. Este estado de cosas es inaceptable, pero no estamos seguros de qué hacer, como individuos, como institución o como región.

"¿Existe alguna panacea? ¿Hay algún sector donde la inversión tenga un mayor impacto? ¿Donde se maximice lo que en el PNDU llamamos Desarrollo Humano Sostenible, o, en términos más sencillos, desarrollo centrado en la gente, que le permita a esta ampliar sus opciones de una manera sostenible?

"Aunque no existan respuestas definitivas, la educación, de manera repetida, ha sido identificada como una prioridad...

"...Las sociedades y los individuos serán tan exitosos como lo sea su "educación" en el sentido más amplio de la palabra. La educación tendrá que dejar de ser un asunto puramente privado, cuando no excluyente, para convertirse en un interés genuinamente público. Este es el reto...".

Lo destacado es mío.

Y que conste que no quiero referirme a la educación exclusivamente en manos del Estado, sino a convertirla en una preocupación de todos, para que todos puedan llegar a recibir la formación en el nivel de su capacidad y no en el de su bolsillo; de esto sabe mucho el actual Ice-
tex, cuya estrategia pienso que es necesario conocer, pues estos son los aportes del gobierno para salvar la brecha social, y a veces pasan tan desapercibidos para una población que lamenta que nadie se preocupe de los que no pueden educarse al nivel que se merecen, por falta de recursos.

Se decía hace cinco siglos:

En América, "el reto era poblar"; se dijo después: "el reto es educar", y seguimos diciéndolo hoy: un país, un continente, es lo que sea su educación.

América Latina, Colombia, será lo que sea su educación

Esta visión la han tenido siempre los que de verdad se han preocupado de la persona como formadora de la sociedad y del espíritu como vitalizador de lo material.

Una potencia mundial nunca ha podido sostener su posición internacional cuando las personas que la rigen y que la conforman han decaído en su nivel moral.

La historia, esa gran maestra que no debe ser arrinconada porque es de una importancia decisiva para conservar la identidad de un país, no puede perder su memoria.

Nos lo muestra la caída de las grandes potencias: Roma, España, Francia, Inglaterra, Alemania... hoy, ¿caso EE. UU. ... o Japón? Y lo que mantiene o hace decaer a un pueblo no es solo la ciencia, la riqueza, sus avances técnicos..., sino el nivel moral de su sociedad, que es el de las personas que la conforman

De ahí el impacto que la formación de la persona hace en la sociedad; de ahí surge la preocupación por educar y educar bien.

Esta tiene que ser una preocupación de todos y especialmente al educar la dimensión social de las nuevas generaciones casi contra una cultura universal de materialismo, individualismo y de egoísmo originado en la "inteligencia" de aquellos que han perdido su norte.

¿Qué hacemos avanzando en técnicas comunicativas sin tener nada que comunicar?

¿Desarrollamos capacidades personales o solamente individuales?, porque si son personales, necesariamente serán sociales, de preocupación por las demás personas, por extender a ellas todo el bienestar posible, por respetar su dignidad.

Por ello es por lo que hoy predomina el conocimiento, pero ¿no será necesario poner el énfasis en la formación de la persona?

Los países más desarrollados comienzan a sospecharlo y esto se traduce en las programaciones, en la marcha atrás de muchas reformas educativas, afortunadamente recientes, pero que ya le han hecho mucho mal a la cultura.

¿Es una tendencia espiritual, como la que señala Zumbado en su artículo? En cierto modo no es extraño que en el nuevo milenio la tendencia sea: un retorno a la espiritualidad, a la persona como dominadora del universo, como encargo divino en el amanecer de la humanidad, buscar su sentido en contra de la corriente. La ciencia, la investigación, los avances tecnológicos... es preciso cultivarlos, son imprescindibles, pero al servicio de la persona, no para esclavizarla, sino para respetarla y promoverla.

Formar personas con capacidad de crear pensamiento, un pensamiento redentor del hombre y no su esclavizador.

No es caprichoso, entonces, hacer imperativa la exigencia de desarrollar en nuestros niños, en nuestros jóvenes, la confianza y el respeto, única manera de reconstruir la sociedad, desarrollar la capacidad de aceptación de todos los demás, de ver las cosas desde un sentido positivo, estar siempre dispuestos al servicio de los demás, a reconocer el propio error, a revisar nuestras actuaciones, aunque pensemos que de esa manera perdemos prestigio o autoridad, eso es injusto, y la injusticia deteriora a la persona y a la sociedad que conforma, especialmente si mantiene una posición de autoridad o es un formador, padre de familia o profesor, gobernante o administrador de los bienes públicos.

Todos nos equivocamos alguna vez, y reconocerlo es el único camino para ser justos.

La sociedad está enferma de tanta soberbia, de tanto egoísmo, de tanto subjetivismo... de tan poco reconocimiento de las equivocaciones que cometemos y tanta intolerancia con los errores de los demás.

Enferma de "*no perdonar*"¹.

1 Cfr. Burggraf, Jutta. "Aprender a perdonar", ponencia presentada en el segundo Congreso de la Familia, de la Universidad de La Sabana-Aspaen-Cordaf, septiembre 2003.

Es verdad que hay mucho sufrimiento, muchas heridas sin restañar.

Dice Jutta Burggraf:

"No solo existe la ruptura tajante de las relaciones humanas. Hay muchas formas distintas de infidelidad y corrupción. El amor se puede enfriar por el desgaste diario, por la desatención y estrés, puede desaparecer oculta y silenciosamente...

"Frente a las heridas que podamos recibir en el trato con los demás, es posible reaccionar de formas diferentes. Podemos pegar a los que nos han pegado, o hablar mal de los que han hablado mal de nosotros. Es una pena gastar las energías en enfados, recelos, rencores o desesperación; y quizá es más triste aún cuando una persona se endurece para no sufrir más. Solo en el perdón brota nueva vida.

"El perdón consiste en renunciar a la venganza y querer, a pesar de todo, lo mejor para el otro. La tradición cristiana nos ofrece testimonios impresionantes de esta actitud. No solo tenemos el ejemplo famoso de San Esteban, el primer mártir que murió rezando por los que le apedreaban. En nuestros días hay también muchos ejemplos. En 1994 un monje trapense llamado Christian fue matado en Argelia junto con otros monjes que habían permanecido en su monasterio, pese a estar en una región peligrosa. Christian dejó una carta a su familia para que la leyera después de su muerte; en ella daba gracias a todos los que había conocido y señalaba: 'En este gracias por supuesto os incluyo a vosotros amigos de ayer y de hoy... Y también a ti, amigo de última hora, que no habrás sabido lo que hiciste. Sí, también por ti digo ese gracias y ese adiós cara a cara contigo. Que se nos conceda volvernos a ver, ladrones felices en el paraíso, si le place a Dios nuestro Padre'.

"Pensamos quizá que esos son casos límite, reservados para algunos héroes; son ideales bellos más admirables que imitables, que se encuentran muy lejos de nuestras experiencias personales. ¿Puede una madre perdonar al asesino de su hijo? ¿Podemos perdonar a una persona que nos ha dejado completamente en ridículo ante los demás, que nos ha quitado la libertad o la dignidad, que nos ha engañado, difamado o destruido algo que para nosotros era muy importante? Estas son algunas de las situaciones asistenciales en las que conviene plantearse la cuestión"².

Todos los días son propicios para rectificar, para pedir perdón, y para concederlo, para recomenzar la vida, para replantearnos nuevos modos de hacer la vida más justa, para facilitar la vida y el desarrollo a los demás.

2 Obra citada.

Hay que llevar estos temas y actitudes a los estándares de la educación para realizar el impacto que la sociedad espera de ella, y por tanto de los educadores.

Causamos impacto, es evidente, y está respaldado por serias y profundas investigaciones, pero ¿hemos reflexionado sobre nuestro impacto?

Podemos considerar algunas experiencias vividas por nosotros, que muestran la influencia que la tarea del profesor, la educación, tiene en la sociedad.

Son experiencias vividas, que seguramente todos tenemos, pero ¿nos hemos preguntado por la calidad del impacto que producimos en la sociedad, y si este impacto es el que necesita nuestra sociedad? ¿Estamos formando a los generadores de la paz y la justicia? ¿Los que conformarán la civilización del amor que tanto añoramos?

En general, en la vida del país parecen los redentores, las fuerzas armadas, y están, es cierto, desarrollando una tarea que se ha hecho necesaria, imprescindible, por la debilidad de la educación para formar los líderes del amor; ellos, los padres de familia y los educadores, tienen que dar la batalla definitiva de educar en valores para la creación de una nueva generación que en este siglo *desarrolle la civilización del amor*.

Tenemos que enseñar a respetar. Tal vez sea esta una tarea prioritaria para nuestra sociedad y así aprender a respetar a la persona, a cada persona.

Para enseñar esto es preciso que el educador tenga unas bases profundas de antropología, que le permitan ver a cada persona como única e irrepetible, esa criatura creada por amor a imagen y semejanza de Dios, esa criatura que vale la sangre de Cristo; es decir, captar al ser humano en toda su valía y vivir frente a él el respeto que se merece, con la actitud amable que le debemos.

Porque la dignidad humana pide respeto y reclama amor

Enseñarle a comprender y perdonar a los demás; sobre este cimiento se eleva la paz entre los hombres.

Enseñar a servir, enseñar a apoyar, enseñar a convivir...

En pocos términos, crear desde la educación la civilización de la vida y del amor que propugna Juan Pablo II y que estoy segura que todos añoramos.

Y bien, ahora que reflexionamos sobre la realidad y el dicho popular "sálvese quien pueda" no es más que una consigna que ha invadido el inconsciente colectivo, nos llegó la hora de

actuar, de ser éticos, de dar ejemplo, y sobre todo de trabajar con entusiasmo, con la alegría de quien se reconoce hijo de Dios.

Se necesitan acciones, hay que construir, y a eso vamos a dedicar el trabajo de esta mesa.

Bibliografía

Burggraf, Jutta. "Aprender a perdonar", ponencia Congreso de la Familia, Universidad de La Sabana-Aspaen-Corparf, Bogotá, 2003.

Naval, Concepción. *Educación ciudadana. La polémica liberal-comunitarista en la educación*, EUNSA, 1995, pp. 221 a 228.

_____. *Confiar, cuna de la sociabilidad humana*, Promesa, 2001.

PNUD (1999). *La agenda del siglo XXI*, p. 18.